

CATHARINA MAURA



La
ESPOSA
temporal

Ella es su asistente y mano derecha. Él, el apuesto
y millonario jefe que cree que puede tenerlo todo.

♥atchstories

La esposa temporal

La historia de Luca y Valentina

Catharina Maura

Traducción de Mónica López Fernández

 matchstories

Título original: *The Temporary Wife*

© Catharina Maura, 2023

© por la traducción, Mónica López Fernández, 2025

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2025

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2025

Esencia es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30950-5

Depósito legal: B. 14.640-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.





Una gota de sudor se forma en la frente del hombre sentado delante de mí, a pesar de la baja temperatura que hay en mi despacho. Debería terminar con su tormento, pero, en vez de eso, sigo mirándolo fijamente.

—Yo... Esto... En el fondo..., estamos muy agradecidos por sus continuas inversiones —tartamudea.

Como debería ser. Entre mi familia y nuestros clientes tenemos miles de millones invertidos por todo el mundo, una porción en absoluto insignificante de ellos en su empresa.

—Jamás dije que seguiría invirtiendo en ustedes. —Mi voz suena firme, sin rastro de amabilidad, aunque intento parecer un poco más amable.

Él comienza a mover el pie, mientras veo que la gota de sudor le resbala por el rostro y su respiración se acelera cada vez más.

—¿U-usted no e-está satisfecho con nuestro trabajo? El precio de nuestras acciones ha subido un veinte por ciento este año...

Justo en ese instante, Valentina, mi secretaria ejecutiva, aparece en el momento oportuno, como siempre. He mandado revisar mi despacho numerosas veces para asegurarme de que no haya ningún micrófono. Incluso mi equipo de seguridad inspeccionó tres veces que la red telefónica no estuviera

intervenida y ella pudiera escuchar lo que pasa en mi despacho. No sé cómo se las apaña, pero siempre entra antes de que yo le pida que lo haga.

Levanto la vista y examino la expresión imperturbable en su hermoso rostro. En secreto, la gente de la oficina la llama «la Reina de Hielo», y no es difícil entender por qué: aun cuando su belleza es evidente, es fría como un témpano. He sido testigo de cómo se ha ocupado sin remordimientos de hacer caer en desgracia a más de una empresa de cierto renombre. Al igual que yo, ella no tiene emociones. Y eso me gusta.

Valentina coloca una carpeta frente a Jackson Smithson y sonríe educadamente, luego se detiene al lado de mi mesa. Siempre he odiado cómo sonríe; en realidad, no hay nada malo en su sonrisa, no es que parezca falsa, pero me irrita.

Me mira a los ojos un momento; después, coloca una copia de los documentos frente a mí. Dirijo la mirada hacia el pósito rosa que hay encima de la pila de papeles y no puedo evitar esbozar una mueca. Solo pone «I+D», sin mayor contexto, claro está; tratándose de ella, eso es todo lo que necesito.

La observo con fastidio contenido. Sabe que detesto el rosa y estoy seguro de que todo el material de oficina que usa es de ese color solo para fastidiarme. Sin duda, es su manera de vengarse por el tormento que le he hecho pasar desde que la conozco.

Valentina me sacó de quicio desde el instante en que mi abuela la nombró mi asistente personal hace ocho años. He intentado por todos los medios deshacerme de ella, pero siempre va un paso por delante de mí. Llevamos bastante tiempo librando una guerra interminable y, por mucho que lo intento, siempre pierdo.

Señalo con la cabeza los documentos en mi mesa.

—El precio de sus acciones ha subido un veinte por ciento

este año, sí, pero los dividendos de la empresa se han estancado. ¿Puede explicarlo?

Jackson respira hondo y su pecho se expande, como si se preparara para la batalla verbal que se avecina. Es adorable.

—Se debe a que este año decidimos invertir una suma considerable en investigación y desarrollo. Como sabe, estamos trabajando en algunos productos que van a revolucionar la industria de las finanzas.

Le sonrío.

—¿Toda la industria? ¿En serio?

¿Eso es lo mejor que me puede decir? En todo caso, tendría que haber dicho que se trata de una inversión emergente que no entra en mi área de conocimiento como experto.

Él asiente con vehemencia, pero por más que finge una mirada firme, parece desesperado. Los hermosos ojos avellana de Valentina se cruzan con los míos y ella vuelve a sonreír, lo que me irrita aún más. Enseguida, coloca otra hoja de papel frente a Jackson. Nunca he entendido cómo una mujer tan fría como ella fue bendecida con esa mirada tan cálida.

—Las cifras de investigación y desarrollo de su informe anual fueron más bajas que las del año pasado —afirma con voz amable y dulce, pero, oh, vaya, si eso es una maldita mentira—. No consigo entenderlo —añade, confusa.

Jackson se da la vuelta hacia ella como si fuera un salvavidas, sin saber que más bien es un tiburón. Pobre tipo, me pregunto si se ahogará en su propia mierda antes de que Valentina lo haga pedazos.

—Ah, eso es porque no incluimos investigación y desarrollo en el informe de este año —explica, con ojos de pánico—, pero lo incluiremos en el próximo informe trimestral.

Las pupilas de Valentina se dilatan inocentemente. Contengo una sonrisa.

—Pero, si ese es el caso, entonces ¿cómo es que la suma de

la próxima inversión en investigación y desarrollo no aparece como ganancias en las cuentas de resultados? ¿Cómo están financiando esa investigación?

Miro a Valentina y asiento, pensativo.

—Me pregunto... —murmuro—: ¿tienes alguna teoría, Valentina?

Ella asiente y me mira a los ojos.

—No soy una experta, pero me preocupa que no haya dinero para invertir en investigación y desarrollo, como él dice..., a menos que nosotros invirtamos en ello. Las acciones están infladas porque el inepto de su director general continúa publicando declaraciones disparatadas, sin sustancia, en redes sociales, en un evidente intento de manipular el mercado bursátil. Seguramente, el precio se rectificará en cuanto no puedan demostrar sus teorías inviables.

Es una auténtica bestia salvaje dentro del cuerpo más sexy que mis ojos hayan visto. Me dejo caer en el respaldo de mi silla para disfrutar del espectáculo. Tal vez deteste a Valentina, pero por algo es mi mano derecha.

—M-mi hijo es u-un visionario —explica Jackson—. Uno entre muy pocos. Es un genio que provoca olas en la industria. Sí, sus declaraciones pueden parecer disparatadas, pero no se arrepentirán de invertir en él.

Lo miro fijamente y suspiro.

—Tu hijo es un soñador, Jackson. Quiere cambiar el mundo, lo cual es una intención noble, pero no me interesa financiar ese tipo de cosas. No soy una maldita ONG.

Más gotas de sudor en su frente; por un segundo, siento un poco de lástima. Por suerte, es efímera.

—Te di la oportunidad de explicarte, pero, en vez de eso, me sales con un montón de mentiras. Tu hijo tiene que abandonar su puesto como director general y tú tienes que asignar a alguien que realmente pueda hacer que tu empresa vuelva a

ser lucrativa. Tienes tres días para tomar una decisión; de lo contrario, retiraré mi inversión.

Jackson se pone pálido.

—Luca, si haces eso, nos vas a dejar en bancarrota.

Me cruzo de brazos y asiento despacio.

—Entonces, supongo que lo mejor es que pienses largo y tendido acerca de qué legado quieres dejar. —Me pongo de pie; él, a regañadientes, hace lo mismo con una mirada suplicante—. Tres días —le recuerdo mientras lo acompaño a la puerta. Acepta con resignación y se va, visiblemente atormetado.

Sale y cierro la puerta. Valentina me mira con las cejas arqueadas y una expresión de desdén. Frente a los demás actúa con absoluta profesionalidad, pero cuando estamos solos se burla de mí con descaro. No sé por qué se lo permito.

—¿Tres días? —repite—. Eres un monstruo. Lo vas a dejar agonizando durante días enteros para que tome una decisión; pudiste convocar una junta y remplazar al chico tú mismo. Porque, te recuerdo, eres el accionista mayoritario. Y, en vez de eso, lo haces venir para torturarlo.

Le sonrío.

—Yo no fui quien le dijo que su hijo era un inepto ni quien le tendió una trampa. Además, él construyó esa empresa desde cero. Le toca a él decidir si permite que su hijo la arruine o no. Tres días es tiempo suficiente para que encuentre a otro inversor. Si de verdad cree en la visión de su hijo, eso es exactamente lo que hará.

Aprieta los labios y niega con la cabeza mientras recoge los documentos de mi mesa y los ordena. Ocho años y aún no sé qué se le pasa por la cabeza.

Le quito los ojos de encima y miro el reloj de bolsillo de mi padre.

—Mi abuela nos espera esta noche para nuestra cena fami-

liar semanal. Sabes que no le gusta que la hagan esperar, así que nos vamos juntos y después terminamos este asunto.

Asiente sin una pizca de protesta en la mirada. Durante años, ha trabajado jornadas de dieciséis horas, igual que yo. Al principio mi intención era que renunciara, por eso la hice trabajar tantas horas; ahora es nuestra rutina.

Me sigue al coche en silencio. Desde que la contrataron intento descubrir cuál es la relación entre ella y mi abuela, pero nunca he podido averiguarlo. Ni siquiera Silas Sinclair, nuestro excelente jefe de seguridad, ha podido descubrir qué conexión hay entre ellas. No tengo ni idea de por qué mi abuela decidió que una jovencita que había abandonado la universidad fuera mi asistente, ni por qué la invita a eventos estrictamente familiares. Hay algo en Valentina Diaz que no me gusta, y no se trata solo de ese aire de misterio que la envuelve.



—Come un poco más, Val —le dice mi abuela por encima del ruido que hacemos todos en la mesa del comedor, con el mismo cariño que siempre nos ha mostrado a mí y a mis cinco hermanos. La abuela la mira con una expresión seria y yo rechino los dientes mientras le sirvo a mi secretaria más zanahorias cristalizadas.

No entiendo por qué la abuela la trata con tanta deferencia. Nuestras cenas semanales son un asunto exclusivamente familiar, solo hay dos excepciones a esta regla: Raven, la mejor amiga de mi hermana, y Valentina.

Entendería que la hubiera invitado de vez en cuando al cabo de un tiempo de haber iniciado nuestra relación laboral, pero no fue así. Puntual como un reloj, la invitó desde el primer día que empezamos a trabajar juntos. Ella dice que no sabe por qué mi abuela la trata tan bien, pero para mí son viles mentiras.

He intentado averiguar si mi abuela le paga para que le informe de mis movimientos, pero no he encontrado un solo indicio de ello. Claro que mi abuela jamás se dejaría descubrir de ese modo.

Valentina le sonrío y yo me la quedo mirando asombrado. ¿Por qué nunca se comporta así conmigo? No solo me refiero a la risa genuina que se escapa de esos labios rojos, sino tam-

bién a las conversaciones fluidas y agradables que tiene con mis hermanos y a las bromas que comparte con mi hermana Sierra.

Valentina, Sierra y Raven sueltan risitas acerca de algo que no entiendo lo más mínimo, así que aparto la vista y me concentro en mi comida.

Valentina se lleva bien con toda mi familia, excepto conmigo, el hombre que le paga un salario exorbitante. No puedo distinguir qué versión de ella es la real; cuando está con mi familia es tan encantadora, joder, que casi dejo que me engañe. Si pudieran verla en el trabajo, el hechizo en el que los tiene atrapados se resquebrajaría de inmediato.

Tomo un sorbo de vino y me quedo mirando a Ares, mi hermano mayor. En esta mesa llena de ruido, somos los únicos que no decimos ni palabra. Sigo la dirección de sus ojos y me doy cuenta de que está mirando a Raven, que se ríe de algo que ha dicho Valentina, y no puede quitarle los ojos de encima.

Aparto la mirada, haciendo un gran esfuerzo para ocultar mi preocupación por él: Raven no solo es la mejor amiga de nuestra hermana, también es la hermana menor de la prometida de Ares. O sea, es la última mujer a la que él debería estar mirando de esa manera. Sacudo la cabeza y vacío mi copa de vino. A mis hermanos y a mí nos espera un matrimonio pactado; al menos yo me casaré sin querer a alguien a quien nunca podré tener.

—Estás muy callado —comenta Valentina cuando termina la cena—. ¿Todo bien? ¿Alguna urgencia laboral que tengamos que resolver?

Levanto la vista, sorprendido, y niego con la cabeza. La acompaño desde la casa principal, donde vive mi abuela, hacia mi apartamento.

—¿Nunca piensas en otra cosa que no sea el trabajo?

Me sonrío de esa forma que detesto.

—¿Y tú?

Cierro los labios con fuerza.

—Ay, eso me ha dolido.

Valentina apoya el pulgar en el escáner de la entrada y la puerta se abre. Exhala lentamente mientras se quita los tacones y los deja en la entrada, luego se dirige descalza al salón.

Sin tacones, parece diminuta. Sería fácil levantarla y empujarla contra la pared. ¿El sabor de sus labios será tan venenoso como las palabras que salen de ellos?

Me paso una mano por el cabello y muevo la cabeza. Pero ¿en qué estoy pensando? Valentina es hermosa más allá de toda comparación, aunque, sin duda, sería igual de fría y desagradable en la cama como lo es en la oficina. Si tratara de acostarme con ella, seguro que terminaría paralizado. Me estremezco y me fastidia haber pensado en eso.

—Qué interesante —dice, mirando su móvil a la vez que se sienta en el sofá. La sigo y me inclino hacia ella para echar un vistazo por encima de su hombro; al hacerlo, sin querer me llega su característico aroma a lavanda, que me obliga a aspirar hondo—. Le ha pedido a su hijo que deje el puesto, me sorprende.

Se vuelve hacia mí; su rostro está tan cerca del mío que nuestras narices casi se rozan. Mis ojos se posan sobre esos labios gruesos y perfectos; de pronto, siento que un asomo de deseo me recorre el cuerpo.

—¿Por qué? —susurro. Ella no se aleja y yo tampoco.

—¿Por qué, qué? —contesta con voz temblorosa.

—¿Por qué te sorprende?

Ella parpadea, se echa para atrás y enseguida vuelve a ponerse esa irritante máscara profesional. Valentina Diaz es una de las pocas mujeres que conozco que nunca, ni una vez, me ha deseado. Supongo que por eso seguimos trabajando juntos después de tantos años: jamás hemos cruzado el límite. Y,

aunque eso es lo que siempre he querido, esta noche su indiferencia me exaspera.

—No imaginé que le pediría a su hijo que dejara el puesto de director general, pero más sorprendente aún es que le dieras la oportunidad de salvar su empresa. En todos los años que llevamos trabajando juntos, nunca le has ofrecido a alguien una segunda oportunidad. Siempre te has mostrado decidido y despiadado. ¿Por qué ha sido diferente esta vez?

Me observa. Me pregunto si se da cuenta de que nadie, aparte de ella, se atrevería a exigirme una explicación, y yo no se la daría a nadie que no fuera ella.

Tras dudar un momento, distraído, saco mi reloj de bolsillo y con los dedos repaso el escudo Windsor que tiene grabado.

—Jackson era amigo de mi padre; fue él quien decidió invertir en su empresa, no yo.

Hablar de mis padres duele menos que antes; si bien han pasado más de veinte años, la pena permanece ahí. Supongo que jamás se desvanecerá del todo. Algunas heridas nunca sanan, y esta es una de ellas.

Valentina baja la vista para ocultar su expresión.

—Entiendo —responde, con un tono desprovisto de emoción alguna. Por una fracción de segundo, me había preocupado que me preguntara por mis padres, pero debí imaginar que no lo haría, ella nunca se entromete. Solía pensar que era porque le daba miedo perder su trabajo si lo hacía, pero he llegado a la conclusión de que es porque no le importa; está hecha de hielo.

—Supongo que eso explica que no hayas querido despedirlo, a pesar de que la rentabilidad de su empresa ha disminuido mucho en los últimos cinco años. —Alza la vista y sonríe con malicia—. Tal vez sí tengas un corazón enterrado en las profundidades.

Sus ojos destellan justo cuando me clava el dedo en el pe-

cho. Mi corazón, que según ella no tengo, da un brinco. No recuerdo la última vez que me sonrió de verdad. Y tocarme así... eso no lo había hecho nunca.

Cuando me doy cuenta, ya le he cogido la muñeca para que ponga la palma entera sobre mi pecho. Las pupilas de Valentina se dilatan casi de forma imperceptible, aunque no demuestre emoción alguna. No parece tan nerviosa como yo.

—Dime: ¿tengo corazón? —¿Se dará cuenta de que este late más deprisa de lo normal?

—No —responde, sonriendo traviesa—, me equivoqué: sigues sin tener rastro de corazón, como siempre.

Se me escapa una sonrisa, apenas un esbozo; entonces, le suelto la muñeca y dejo escapar su mano.

Valentina sonríe mientras toma mi portátil de la mesita. No puedo quitarle los ojos de encima, creo que en la vida la había visto sonreír así estando solos. Les ha concedido esa sonrisa a cada uno de mis hermanos, pero nunca a mí.

—Necesitamos terminar con los planes de reestructuración. Ah, y no olvides que la boda de Ares y Hannah está a la vuelta de la esquina y que tienes que ir a una última prueba del traje con el sastre.

Me dejo caer en el respaldo del sofá y pienso en todo lo que tenemos programado para los próximos meses. Si lo logro, estaré cumpliendo al fin los sueños de mi padre. Estamos tan cerca...

Cada uno de los nietos de mi abuela se ocupa de un área diferente de la corporación Windsor. Entre todos nos hacemos cargo de las finanzas, la prensa y las relaciones públicas, así como de los vehículos, la tecnología, los bienes raíces y algunas inversiones y patrimonios en el extranjero.

Todas estas son industrias en las que los Windsor hemos participado en los últimos cincuenta años, bajo la guía de mi abuela. Hemos tenido un gran éxito; la relacionada con las

finanzas fue la primera en la que nos metimos y se nos conoce principalmente por Windsor Finance y The Windsor Bank.

La compañía que lidero es la que dirigía mi padre. Soy consciente de que él ya no está para aprobar la dirección que le he dado a la empresa, pero aun así quiero que se sienta orgulloso de mí. Quiero acabar lo que él no tuvo la oportunidad de terminar.

Valentina inicia sesión en mi portátil deslizando el dedo índice y, de pronto, me doy cuenta de lo mucho que he llegado a confiar en ella con los años; es la única que sabe algo acerca de mis planes de expansión. Es cierto que no me gusta mucho, pero sospecho que Windsor Finance no sería lo que es hoy si ella no trabajase con nosotros.

¿Cuándo empezó todo? Desde que mi abuela la contrató y me obligó a ser una especie de mentor suyo, me he pasado la vida odiando a Valentina. Que mi abuela la hubiese contratado directamente significaba que yo jamás podría despedirla, por mucho que quisiera. Y vaya si lo intenté, he probado de todo para deshacerme de ella, pero no lo he logrado. ¿En qué momento dejé de tratar de ahuyentarla?

—Vas a ser mi acompañante en la boda de Ares —la informo, y la recorro con la mirada—. Ya sabes cómo es esto: mantén a todas esas chicas de alta sociedad con la cabeza hueca lejos de mí y guíame hasta aquellos con los que debemos establecer redes laborales. Te voy a enviar la lista de invitados y más te vale saber todo de todos. Esta no es una boda cualquiera.

Ella asiente y me devuelve esa sonrisa que detesto.

—Claro, ahí estaré; me ocuparé de saber con quién nos conviene tratar; incluso averiguaré el nombre de sus hijos, de sus mascotas y hasta de sus amantes.

Asiento y me acomodo en el sofá. Vuelvo a recorrerla con la mirada. ¿Cuándo pasó de ser la mujer a la que más odiaba a convertirse en la única persona en la que confío?